

## GLOBALISMO DE BASE

Caótica, dispersa, incognoscible; la incertidumbre expresada por Michael Hardt ante la masa multilingüe de opositores globales —«un mar de gente»— acudiendo en tropel la primavera pasada al Foro Social Mundial de Porto Alegre resulta absolutamente comprensible<sup>1</sup>. Allí se dieron cita entre cincuenta mil y ochenta mil participantes y al menos diez mil delegados oficiales —activistas, estudiantes, intelectuales, sindicalistas, ecologistas, trabajadores del campo, *piqueteros* argentinos, más los representantes de decenas de ONG—, que se codeaban en seminarios, mesas redondas y talleres o se manifestaban por las sofocantes calles de la ciudad en marchas de carácter celebratorio o en manifestaciones de protesta *ad hoc*. Veintisiete conferencias sobre una amplia gama de temas socioeconómicos tenían lugar de manera simultánea junto a más de cien seminarios acerca de cuestiones más específicas —soberanía alimentaria, «la ilusión del desarrollo», el Banco Mundial y el FMI, los pueblos indígenas y la sostenibilidad— y más de quinientos talleres dirigidos por especialistas; por no mencionar los conciertos, las películas, las representaciones teatrales.

La primera cuestión que se plantea, desde el punto de vista de Hardt, es cómo puede dicha masa ampliamente diferenciada comenzar a trabajar conjuntamente, ya que no se trata de que los diversos movimientos «se limiten a conectarse entre sí manteniéndose tal y como son por separado, sino que han de transformarse, más bien, gracias al encuentro, que es lo que posibilita cierta adecuación mutua [...] no se trata de convertirse en lo mismo, ni siquiera de unirse, sino de vincularse en una red en expansión». La segunda cuestión se refiere a la identificación de las cuestiones fundamentales a las que se enfrenta. De acuerdo con Hardt, las gentes que se oponen a la globalización neoliberal se hallan ante la posibilidad de elegir entre dos posiciones básicas: «o se trabaja para fortalecer la soberanía de los Estados-nación como barrera defensiva contra el control del capital extranjero y global o se lucha por una alternativa no nacional a la forma actual de la globalización que presente las mismas características globales»<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Véase, Michael HARDT, «Porto Alegre, ¿la Conferencia de Bandung de nuestros días?», *NLR* 14 (mayo-junio de 2002), pp. 135-140.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 137.

Hardt y Negri ya han argumentado de forma apasionada a favor de la segunda opción en las páginas de *Imperio*. El Estado moderno –nacido como una respuesta contrarrevolucionaria y absolutista al humanismo renacentista y estimulado por la ideología tóxica de un nacionalismo excluyente y homogeneizante– ha sido siempre una herramienta para la represión, incluso cuando se ha erigido en defensor de la liberación anti-colonial. A lo largo de las últimas dos décadas, sin embargo, los poderes de este instrumento reaccionario se han visto evacuados por el flujo de redes globales de producción e intercambio que han atravesado las fronteras, mientras en el ámbito superior del (aún algo nebuloso) «Imperio» se reconstituye la soberanía. Los autores rechazan de forma resuelta cualquier expresión de nostalgia hacia las estructuras de poder que precedieron a la era global. Las estrategias de resistencia local –sueños de zonas liberadas fuera del Imperio– «confunden y, por lo tanto, enmascaran al enemigo», al tiempo que ensombrecen el potencial liberador que descansa en su interior. La defensa de la soberanía nacional frente a las fuerzas del capital internacional, sugiere entonces Hardt, representa «un obstáculo» para la democracia global<sup>3</sup>.

Sin embargo, en su opinión, promovida por encima de todo por los representantes del PT brasileño y por los dirigentes *chevenementistas* de ATTAC en Francia, ésta fue la posición dominante en las plataformas oficiales y en las sesiones plenarias de Porto Alegre. La otra vertiente –la perspectiva sobre la «globalización democrática»– estaba representada por las redes antiOMC del Atlántico Norte, por las bases más radicales de los grupos de ATTAC y, de modo emblemático, por los comités vecinales argentinos que han florecido en respuesta al colapso financiero que afronta este país. Hardt describe a estos últimos como antagónicos con respecto a cualquier propuesta que pase por la soberanía nacional, su lema –*que se vayan todos*– es un llamamiento a la abolición de la clase política en su conjunto. Para ilustrar con más detalle la fractura que se abre entre ambas posiciones, Hardt sugiere que de existir una solución de «globalización democrática» para la crisis argentina, ésta rechazaría cualquier forma de desafío al FMI en favor de buscar una «continuidad» entre los experimentos prácticos de democracia que están teniendo lugar en el ámbito barrial –la *villa miseria* en Argentina– y la democratización del sistema global.

¿Está Hardt en lo cierto? Verdaderamente se dieron numerosos *memento mori* en Porto Alegre protagonizados por políticos eurosocialistas en busca de oportunidades de aparecer en la foto; sin embargo, la mayoría de ellos son ardientes defensores de la causa neoliberal. De modo similar, en la carrera electoral brasileña, la dirección del PT –que realmente

---

<sup>3</sup> Michael HARDT y Antonio NEGRI, *Empire*, Cambridge, MA, 2000, pp. 83, 103, 133 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002]; M. Hardt, «Porto Alegre, ¿la Conferencia de Bandung de nuestros días?», cit., p. 139.

secuestró un buen número de sesiones en Porto Alegre sin lograr, no obstante, controlar su agenda— ha sido notable no tanto por reclamar el control soberano sobre los flujos de capital, sino por su presteza a la hora de obedecer las exigencias del FMI en lo tocante al pago de la deuda. No obstante, las experiencias presentadas por los activistas en Porto Alegre —especialmente por aquellos provenientes de América Latina, donde la crisis neoliberal vive su momento de mayor intensidad— proponían una visión más modulada de las unidades y gradaciones específicas del poder que la que subyace a la perspectiva «todo o nada» de Hardt. Más que un levantamiento intuitivo de la multitud frente al Imperio, sugerían un campo más diferenciado.

El Estado-nación, justamente debido al papel que desempeña en la implementación de la ingeniería social que precisa el neoliberalismo, sigue siendo un instrumento esencial para el capital global y, por consiguiente, una zona clave de confrontación. La población sudafricana y la latinoamericana se han movilizadofrente a sus propios gobiernos para combatir la privatización del agua y la electricidad. La peruana ha resistido con éxito frente a un intento de liquidar el servicio de suministro eléctrico —en esta ocasión, en el ámbito provincial, en Arequipa— a comienzos de este año; las «guerras por el control del agua» en Bolivia sacudieron al régimen de Banzer en abril de 2000; «Vivendí, ¡lárgate!» es el eslogan que se corea en Argentina. La CONAIE, confederación nacional de los pueblos indígenas, derrocó al gobierno ecuatoriano a principios de 2000 y tras las promesas incumplidas por parte del ejército y el nuevo régimen volvieron a tomar las calles un año más tarde para oponerse a las medidas de austeridad, a la deforestación, a la privatización de la electricidad y de los oleoductos. Se han sucedido las protestas en torno a las mismas cuestiones en El Salvador, India, Nigeria, Ghana, Papúa Nueva Guinea. La pasada primavera, los poblados chabolistas de Caracas se lanzaron a la defensa de Chávez movidos por la lucha en contra de los planes, impulsados por Estados Unidos, de privatización del petróleo y de una reducción aún más drástica de las condiciones de vida.

«La primera cuestión que ha de abordar la filosofía política hoy», escriben Hardt y Negri, «no es si se producirá resistencia y rebelión o por qué se producirán, sino más bien cómo determinar quién es el enemigo frente al que rebelarse<sup>4</sup>». Las movilizaciones latinoamericanas de los últimos años no ponen de manifiesto una fe en el poder trascendente de la soberanía nacional, sino, justamente, una percepción de quién es el enemigo inmediato y, a menudo, una intuición clara de las fuerzas que lo sustentan. Tan sólo la arquitectura de la mayoría de las embajadas estadounidenses en el Tercer Mundo —unos edificios mastodónticos y blindados que se alzan amenazantes por encima incluso de cualquier edificio gubernamental—, por no mencionar la mera presencia de las bases militares de las Fuerzas

---

<sup>4</sup> M. Hardt y A. Negri, *Empire*, cit., p. 211.

Armadas estadounidenses, constituye una evidencia de peso en este sentido. La contradicción que se establece entre la voluntad de alcanzar «los deslumbrantes horizontes de riqueza capitalista» y el hecho de que ésta se pueda acomodar sin mayor dificultad junto a una amarga dosis de cinismo doméstico en aumento con respecto a la utilización del poder yanqui resulta bastante común en nuestros días.

Ésta es la gran ambivalencia que descansa en el corazón de *Imperio*. ¿Cuál es el papel —la «posición privilegiada»— de Estados Unidos en el seno del poder soberano global caracterizado por Hardt y Negri? En la actualidad, Estados Unidos amenaza constantemente con emerger en las páginas de *Imperio* como un rostro en una pesadilla que ha de ser reprimido sin cesar. Aleccionados acerca de cómo el Imperio ejercita su control mediante «la bomba, el dinero y el éter», se nos advierte que «podría dar la impresión de que las riendas de estos mecanismos estuvieran en manos de Estados Unidos... como si Estados Unidos fuera la nueva Roma o una agrupación de nuevas Romas: Washington (la bomba), Nueva York (el dinero) y Los Ángeles (el éter)». Sin embargo, cualquier certeza en este sentido es inmediatamente rechazada: la pantalla se difumina; el poder mundial es demasiado «flexible» como para que pensemos en territorializarlo de este modo<sup>5</sup>. En el «Imperio», tal y como se nos asegura continuamente, «no hay Roma»; a pesar de que el gasto de defensa de Estados Unidos sea mayor que el del conjunto de los veinticinco gobiernos más poderosos. Estados Unidos tiene bases militares al menos en cincuenta y nueve países<sup>6</sup>.

Estados Unidos no es, desde luego, una fuerza soberana trascendente y desterritorializada, sino simplemente un megaestado que actúa en el seno de un sistema estatal internacional, tal y como les resulta evidente a todos aquellos que han tenido ocasión de experimentar su fuerza. Existen auténticos debates pendientes en torno a las cuestiones relativas a la estrategia contraglobalizadora en el ámbito nacional y en el —hoy más comúnmente propuesto— regional. La campaña de Vía Campesina sobre la «soberanía alimentaria» y por el derecho a elevar los aranceles proteccionistas que impedirán a las compañías multinacionales barrer a los agricultores locales con sus prácticas de *dumping* es un ejemplo<sup>7</sup>. Es de sobra cono-

---

<sup>5</sup> Todo ello a pesar de que justamente en la misma página —dejando a un lado el declive del Estado-nación— nos encontramos ante un distante análisis de las tareas «imperiales» —la construcción de autopistas de la información, el control del equilibrio de la Bolsa frente a las salvajes fluctuaciones que ocasiona la especulación, el firme mantenimiento de los valores monetarios, las inversiones públicas en el sistema industrial-militar para ayudar a transformar el modo de producción, la reforma del sistema educativo para adaptarlo a las nuevas redes productivas descritas, etc.— que en estos momentos precisan de un «gran gobierno» en Estados Unidos (*ibid.*, pp. 347 y 348).

<sup>6</sup> CENTER for DEFENSE INFORMATION, *World Military Database 2001-2002*, <http://www.cdi.org/products/almanac0102.pdf>.

<sup>7</sup> Véase la entrevista a José Bové, «¿Una Internacional de agricultores?», *NLR* 12 (noviembre-diciembre 2001), pp. 133-134. Mientras en *Imperio*, de un modo célebre, se promocionan los efectos subversivos de las migraciones masivas, Hardt y Negri defienden asimismo, quizá de

cido que la habilidad de los malayos y los chinos antes de que entraran en la OMC para imponer controles sobre el flujo de capital durante la crisis financiera de 1997-1998 protegió en gran medida a la población de estos países de la devastación que asoló Indonesia. El Focus on the Global South ha contribuido a proteger a Vietnam frente a la posibilidad de unirse a la OMC, poniendo de manifiesto las consecuencias sociales y económicas que esto habría supuesto para este país. Este ejemplo sugiere, en realidad, la idea de la «desglobalización», encaminada a construir sólidos mercados regionales en el Sur que pudieran tener cierta autonomía con respecto a los intereses financieros globales<sup>8</sup>. Sin embargo, la posición tradicionalmente defendida por Chevénement resulta ser la de un hombre de paja, al menos en Porto Alegre. Las cuestiones sobre las que verdaderamente cabe preguntarse no se refieren a los Estados-nación a los que se les está escapando la soberanía, sino las que atañen a aquel que la está absorbiendo.

### *Medidas de poder*

De acuerdo con Hardt, la división entre las posiciones a favor de la «soberanía nacional» y las de la «globalización democrática» en Porto Alegre no corresponden a visiones propias del Tercer Mundo *versus* del Primer Mundo, sino a un conflicto entre dos formas distintas de organización política: «los partidos tradicionales y las organizaciones centralizadas suelen colocarse en el polo de la soberanía nacional, mientras que los nuevos movimientos organizados en redes horizontales suelen agruparse en el polo no soberanista». Esto, tal y como sugiere el autor, puede explicar por qué en el Foro Social Mundial en 2002 no se produjo «una confrontación ideológica al viejo estilo», un debate claro entre dos posiciones enfrentadas. Mientras las organizaciones formalmente constituidas cuentan con portavoces que las representan, los nuevos grupos carecen de ellos. «La lucha política en la era de los movimientos en red ha dejado de operar de esta manera»:

¿Cómo se discute con una red? Los movimientos organizados en su seno [...] no funcionan a través de oposiciones. Una de las características fundamentales de la forma-red consiste en que ningún par de nodos se enfrenta entre sí mediante la contradicción; antes bien, son siempre triangulados por un tercero, luego un cuarto y más tarde un número indefinido de otros nodos de la red [...]. Las redes desplazan las contradicciones y generan en cambio una especie de alquimia o cambio radical; de tal suer-

---

un modo más agudo, el derecho de la «multitud» a oponerse al desplazamiento. En este sentido, la estrategia de los agricultores asiáticos y africanos –cerca de un tercio de la fuerza de trabajo mundial– para defender su supervivencia a través de alguna forma de contra-soberanía regional se convierte en un imperativo.

<sup>8</sup> Walden BELLO, «Un panóptico en el Pacífico», *NLR* 16 (julio-agosto 2002), p. 109 ss.

te que el flujo de los movimientos transforma las posiciones fijas tradicionales. Las redes imponen su fuerza a través de una especie de contraccorriente irresistible<sup>9</sup>.

Una diferencia que a Hardt parece escapársele es la relativa a la cuestión de la escala. Muchos organismos de aspecto tradicional que se dieron cita en Porto Alegre eran de hecho organizaciones de masas. Tal es el caso de los Sin Tierra brasileños. Esta organización reúne en sus filas a más de un tercio de millón de familias sin tierra, y no se trata de una pertenencia pasiva de carné, sino de una que se define por la toma de iniciativa: que asume el riesgo que implica enfrentarse a la ira de los terratenientes y del Estado mediante la ocupación de tierras. Dentro de este conglomerado encontramos, una vez más, a unos 20.000 activistas, los más enérgicos y comprometidos, que han contribuido a organizar sus vecindarios y que siguen asistiendo a cursos y participando en reuniones regionales y estatales en las que se eligen a los dirigentes locales. Más de 11.000 delegados acudieron al Congreso Nacional del MST en 2000. Los portavoces –que responden ante los integrantes de la organización– pasan a ser una necesidad cuando hablamos de un volumen semejante de personas<sup>10</sup>.

El núcleo activo de las redes del Atlántico Norte, por el contrario, asciende a unas cuantas decenas de activistas o incluso menos. El personal de la Ruckus Society<sup>11</sup> que trabaja a tiempo completo, por ejemplo, lo forman cuatro personas, en su órbita más próxima intervienen entre veinte y treinta personas voluntarias; el número de las que acudirán a los campamentos que organizan anualmente es de unas ciento veinte. Otras organizaciones como Fifty Years is Enough<sup>12</sup> [Cincuenta Años Bastan] o United Students

<sup>9</sup> M. Hardt, «Porto Alegre, ¿la Conferencia de Bandung de nuestros días?», cit., pp. 138-139.

<sup>10</sup> Véase la entrevista a João Pedro Stedile: «Batallones sin tierra: el Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra de Brasil», *NLR* 15 (julio-agosto de 2002), p. 110.

<sup>11</sup> La Ruckus Society, creada en 1995, es una de las organizaciones ecologistas y en defensa de los derechos humanos que impulsó las movilizaciones en Seattle. Trabaja junto a una amplia gama de comunidades, organizaciones y movimientos en Estados Unidos. Su objetivo fundamental se refiere a facilitar la distribución de información y conocimiento entre los activistas, y sus actividades se centran en la formación –se autodefinen como «una caja de herramientas hecha de experiencias, capacitación y habilidades–, en el diseño de estrategias y campañas de acción directa no violenta y en la promoción de alianzas entre distintos grupos de base. Su iniciativa más importante es la organización de campamentos de formación a los que acuden activistas de otros grupos. Véase John SELLERS, «Armando jaleo», *NLR* 10 (julio-agosto 2001), pp. 134-148 [N. de la T.].

<sup>12</sup> Cincuenta Años Bastan es una plataforma estadounidense creada en 1994 durante el 50 aniversario de la fundación del FMI y del BM. Esta coalición apunta justamente contra estas instituciones. Sus críticas se refieren al carácter antidemocrático de las mismas –al estar controladas por el G-7– y a los beneficios que originan sus políticas para el sector financiero internacional, las corporaciones transnacionales y los regímenes corruptos en detrimento de buena parte de la población del planeta. Entre sus exigencias figuran la condonación de la deuda, acabar con las privatizaciones, el fin de las políticas de ajuste estructural, la compensación a los países objeto de estas políticas, la transparencia y democratización de las instituciones internacionales, etc. [N. de la T.].

Against Sweatshops (USAS) [Estudiantes Unidos contra las Maquiladoras]<sup>13</sup> funcionan con menos de media docena de personas a tiempo completo que hacen un llamamiento a otras organizaciones para llevar a cabo sus iniciativas. En lugar de barrer y transformar todas las posiciones prefijadas, estas redes a menudo experimentan en mayor grado el riesgo de autodisolverse en los poderosos flujos del capitalismo estadounidense. ¿Importa el volumen? De acuerdo con los autores de *Imperio*, «estamos inmersos en un sistema de poder tan profundo y complejo que ya no podemos determinar diferencias o medidas específicas<sup>14</sup>». En su libro no hallaremos respuesta alguna a la ardiente interpelación del dirigente de los Sin Tierra João Pedro Stedile, que ante la pregunta: ¿qué deberían hacer los simpatizantes del norte para ayudar a los agricultores sin tierra de Brasil?, exclama «¡Echad abajo vuestros gobiernos neoliberales!». A pesar del enorme alcance de la demanda de Stedile, la exigencia que plantea seguramente sugiere una escala que permite a los movimientos estimar el poder de sus oponentes y reconocer su propia fuerza.

La metáfora marítima de Hardt —el «mar» de redes— pone de relieve otra cuestión crucial para la «adecuación mutua» de los movimientos existentes: las olas no hablan. Si éstas no puede discutir, sino únicamente «barrer» a sus oponentes, ¿cómo va la red de la que habla Hardt a mantener una conversación interna para debatir y decidir su estrategia? Para el movimiento Sin Tierra, la cuestión de cómo desarrollar formas democráticamente responsables de liderazgo y coordinación, evitando simultáneamente las trampas del «presidencialismo» y la burocratización, ha sido en sentido literal un asunto de vida o muerte; en Brasil, los agricultores militantes que ocupan cargos dirigentes han sido tradicionalmente abatidos a tiros por parte de los terratenientes y el Estado. El esfuerzo por dar una respuesta a esta situación les ha llevado a subrayar la importancia de los órganos colectivos electos en todos los ámbitos, desde el comité de ocupación del pueblo hasta el más elevado<sup>15</sup>. El resultado de esta actitud se traduce en el enorme esfuerzo que se dedica a reunir a activistas dispersos por todo el territorio, en su mayoría agricultores en activo, en encuentros regionales, provinciales y nacionales para tomar decisiones.

En el caso de los grupos de presión, las ONG radicales y las redes norteamericanas, aunque a menudo existe un fuerte compromiso para lograr

---

<sup>13</sup> United Students Against Sweatshops es una coalición en el seno del movimiento estudiantil estadounidense y aspira a establecer un vínculo entre lo que sucede en los campus y los derechos laborales en el Primer y el Tercer Mundo. Sus exigencias incluyen la implantación de «códigos de conducta ética y legal» que impidan a las universidades, entre otras instituciones, establecer contratos con industrias cuya fuerza laboral trabaja en condiciones de sobreexplotación y de desprotección. Sus campañas han adquirido un notable impulso a partir de la contracumbre en Seattle [N. de la T.].

<sup>14</sup> M. Hardt y T. Negri, *Empire*, cit., p. 211.

<sup>15</sup> João Pedro Stedile, «Batallones sin tierra: el Movimiento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra de Brasil», cit., pp. 110-111.

la transparencia y rotar los cargos, con frecuencia lo que prevalece es otro tipo de proceso. A menudo, estas organizaciones funcionan a partir de un pequeño grupo de personas entregadas a la causa que tienden a dirigir por defecto, a fuerza de habilidades acumuladas. «Obviamente», tal y como lo expresa el director de la Ruckus Society, «aquellos que están más próximos al centro aportan más que aquellos más alejados de éste. Por ejemplo, yo tomé la decisión de celebrar la acampada contra la OMC [en Seattle en 1999] y muchas decisiones se han tomado de esta manera desde entonces»<sup>16</sup>. USAS también asume la búsqueda del consenso en la toma de decisiones, con todos los escollos que esto implica; lo cierto es que esta coalición celebra un único encuentro anual al que acuden todos sus afiliados universitarios. Con un número relativamente reducido de participantes y un elevado nivel educativo, los grupos norteamericanos se han centrado en la calidad del proceso de alcanzar el consenso en la consecución de acciones específicas. David Graeber ha descrito los pacientes e ingenuos métodos –consejos de portavoces, grupos de afinidad, herramientas de facilitación, escisiones, «peceras», constitución de bloques, observadores de la atmósfera del grupo, etc.– que se han desarrollado con el fin de idear tácticas a desarrollar durante las cumbres, por ejemplo<sup>17</sup>. Sin embargo, no está claro cómo podrían extenderse para afrontar cuestiones estratégicas de mayor alcance o proyectarse en una escala más vasta como la de Porto Alegre, donde el sistema de las grandes estrellas –tanto de los nuevos movimientos como de los partidos tradicionales– plantea otro conjunto de problemas para la democracia interna.

Asumiendo estas disparidades, ¿deberíamos dar por bueno el proyecto de una red en constante expansión de Hardt como la forma que el «movimiento de movimientos» debería adoptar? Parece más útil conceptualizar la relación entre los distintos grupos como una serie de alianzas y coaliciones en curso, cuyas convergencias continúan siendo contingentes. La auténtica solidaridad sólo puede construirse a partir de un proceso de prueba y crítica, mediante una auténtica confluencia de afinidades e intereses. Las tortugas y los camioneros<sup>18</sup> se reunirán sin duda nuevamente en las calles de Norteamérica; sin embargo, esto no quiere decir que entre ellos se establezca el tipo de comunicación constante que implica una red. El Foro Social Mundial proporciona una avenida para que la Iglesia de base y los anarquistas, los punks y los agricultores, los sindicalistas y

<sup>16</sup> John Sellers, «Armando jaleo», cit., p. 139.

<sup>17</sup> David GRAEBER, «Los nuevos anarquistas», *NLR* 13 (enero-febrero de 2002), pp. 148-149.

<sup>18</sup> El sorprendente emparejamiento, ya clásico, de «tortugas y camioneros» [*turtles and teamsters*] surge de una pequeña anécdota que tuvo lugar en las calles de Seattle en 1999 durante las protestas contra la OMC. Entre la amplia gama de manifestantes se encontraba un grupo de activistas disfrazados de tortugas que caminaban junto a miembros del poderoso sindicato de camioneros. «Turtles love teamsters» comenzaron a cantar las tortugas. «Teamsters love turtles» corearon a su vez los camioneros. Estos cánticos a dúo han servido para ilustrar la multiplicidad y disparidad de gentes y objetivos en la composición del «movimiento de movimientos» y el espíritu inteligente y divertido del mismo [N. de la T.].

los verdes puedan ponerse a explorar cuestiones comunes sin tener que crear un nuevo tejido.

### *La adecuación Norte-Sur*

Al centrarse en cuestiones de soberanía nacional y organización, Hardt descuida otras áreas en las que quizá existe una mayor necesidad de algún tipo de «adecuación». Si –en la era de los rascacielos malayos y los barrios pobres de Nueva York– la distinción Norte-Sur tiene más que ver con el poder y el estilo de vida de las elites que con la ubicación geográfica, lo cierto es que esta distinción aún denota una división significativa en la experiencia real y la percepción histórica. Una diferencia obvia para los activistas reside en el hecho de que la naturaleza represiva del poder estatal capitalista se asienta de un modo mucho más severo en el Sur. En Argentina, al menos treinta manifestantes fueron asesinados desde marzo de 2001. Al menos catorce activistas del movimiento Sin Tierra han perdido la vida y cientos han sido encarcelados. Desde enero de 2001, cuatro manifestantes han sido asesinados en la Amazonía ecuatoriana y al menos veinticinco han sufrido disparos y han resultado heridos en las tierras altas. En El Salvador, los escuadrones de la muerte están nuevamente en activo. En junio de 2001, cuatro habitantes de Papúa Nueva Guinea fueron asesinados a manos del Estado durante las protestas en contra de las medidas de austeridad y privatización<sup>19</sup>. A pesar de lo sucedido en Génova, los activistas del Norte cuentan con mejores oportunidades de volver a casa sin sufrir daño alguno tras una manifestación.

En último término, las divergencias en torno a la economía y el medio ambiente pueden resultar más cruciales que las formas organizativas de la izquierda. Las regulaciones de «producción verde» por las que han luchado los grupos del Atlántico Norte, en la práctica, han operado a menudo como una forma de proteccionismo que ha favorecido al capital del Norte –y a la fuerza laboral del Norte– incrementando la pobreza y el desempleo en el Sur. Walden Bello, entre otros, ha hablado apasionadamente acerca de la necesidad de invertir esta realidad apelando a una estrategia visionaria que pudiera proteger los puestos de los trabajadores del Norte y fortalecer simultáneamente al resto de la clase obrera mundial, que impulsara un frente común contra la reestratificación del trabajo que en estos momentos el capital global está tratando de imponer. En lugar del «proteccionismo verde», han reclamado una transferencia positiva de tecnología verde hacia el Sur, que tendría que ir acompañada del apoyo a los grupos ecologistas indígenas<sup>20</sup>. Resulta significativo que fue-

<sup>19</sup> Más detalles acerca del número de manifestantes asesinados –muchos de ellos en lucha contra las medidas de austeridad del FMI– en: *States of Unrest II* (2002) en <http://www.wdm.org.uk/cambriefs/Debt/Unrest2.pdf>.

<sup>20</sup> W. Bello, «Un panóptico en el Pacífico», cit., p. 116.

ran pocos los grandes sindicatos del Norte presentes en el momento en el que se expuso este argumento en Porto Alegre.

La agricultura, desde luego, sigue produciéndose gracias a una explotación bastante más intensiva en el Sur, donde la redistribución justa de la tierra sigue siendo un problema central. El peligro que representan las semillas genéticamente modificadas *terminator*<sup>21</sup> amenaza la supervivencia de cientos de millones de pequeños agricultores en toda África, Asia y América Latina. A pesar de las constricciones que pesan sobre las soluciones que apelan a la soberanía nacional de acuerdo con Hardt, los gobiernos africanos que se han negado a aceptar el envenenado regalo de maíz estéril y sin moler de Monsanto han actuado por una vez en defensa de los intereses de sus ciudadanos. Vía Campesina –una alianza de agricultores del Norte y del Sur– celebró su propio miniforo en Porto Alegre en un parque próximo al centro de la ciudad; los logos de Monsanto y Coca-Cola fueron ritualmente quemados durante la ceremonia de clausura. Los ecologistas del Primer Mundo necesitan escuchar con atención a estos agricultores y grupos indígenas del Tercer Mundo que vinculan los problemas ecológicos a una perspectiva sumamente crítica hacia el capital internacional.

Una tercera división –que en este caso no se ajusta a la divisoria Norte-Sur– se situó por encima de la cuestión del propio capitalismo global. Mientras prácticamente todos los conferenciantes y participantes se mostraban críticos hacia el FMI, el Banco Mundial y la OMC, existían desacuerdos sobre si estas instituciones eran susceptibles de reformas o estaban inextricablemente vinculadas a un sistema desigual, corrupto e insostenible en su esencia. A pesar de toda la atención que merecieron estas cuestiones de carácter general, no obstante, el debate fue bastante menor en lo referente a la situación política mundial del presente. Cuando se discutían cuestiones ante las que cabría esperar que cualquier movimiento de oposición alzara la voz –la guerra de Estados Unidos contra Afganistán, Oriente Próximo, la amenaza a Irak–, éstas surgían fuera de los plenarios centrales y las plataformas oficiales, a pesar de que estas cuestiones emergían tras la presentación inicial.

---

<sup>21</sup> Las semillas genéticamente modificadas (GM) *terminator* son la expresión más siniestra y de mayor alcance potencial de la apropiación del código de vida genético por parte de los gigantes de las ciencias biológicas que dominan actualmente el comercio internacional de semillas, tales como Monsanto, AstraZeneca y Novartis. Las semillas *terminator* han sido genéticamente modificadas para cometer suicidio. Son estériles y, por lo tanto, obligarán a millones de agricultores de todo el mundo, que tradicionalmente han guardado sus semillas para volverlas a plantar, a recurrir a las transnacionales para comprar semillas y otros insumos que necesitan para plantar sus cultivos. Además de las semillas GM, las GM-T (donde la T quiere decir *trait*: rasgo o característica propia), no necesariamente estériles, están diseñadas de modo que requieren «inductores» químicos patentados (por ejemplo, fertilizantes y plaguicidas patentados) para germinar, florecer y madurar. En lugar de matar directamente a las semillas, se trata de convertirlas en adictas a determinados productos agroquímicos [N. de la T.].

El debate en torno al Foro Social Mundial necesita también tener presentes los agotadores problemas logísticos que la organización global representa para las personas desposeídas. Tiempo, dinero y el desalentador sentimiento de la distancia representan obstáculos reales para los estudiantes, los activistas, los sindicalistas, los pobres del campo y de la ciudad; cuestiones que marcan un rígido contraste con las infraestructuras globales bien financiadas de la clase dirigente. Con todas las reservas que Hardt pueda albergar hacia el PT brasileño, tiene que admitir que, sin su gobierno municipal en Porto Alegre, el FSM nunca hubiera tenido lugar. Evidentemente, la mayoría de los participantes provenían de América Latina; Brasil, Argentina y Uruguay proporcionaron más de 7.000 delegados, Italia y Francia cerca de 1.200. Los problemas a la hora de viajar imposibilitaron la llegada de otros muchos. Los afanosos intérpretes –que traducían al portugués, lengua del encuentro, y al inglés, a pesar de que el español habría sido una *lingua franca* más adecuada para la mayoría de los presentes– a menudo no fueron pagados por sus servicios.

Organizarse desde abajo constituye un proceso frágil, amenazado por diferentes y numerosas fuerzas. Un minúsculo ejemplo: cuando los activistas de Los Ángeles trataron de ponerse en contacto con las trabajadoras de las *maquiladoras* en México, tuvieron en primer lugar que negociar una salida ante una serie de intentos de bloqueo llevados a cabo por las ONG moderadas que controlan los fondos destinados al transporte y la traducción, además de intentar ejercer control sobre la agenda. Cuando finalmente los activistas de Los Ángeles se reunieron con sus compañeras de Tijuana, encontraron que lo que más precisaban las trabajadoras de las *maquilas* eran ordenadores con los que enviar información pero, sobre todo, con los que obtenerla. La sección estadounidense logró proporcionarles los ordenadores; lo que no les pudo proporcionar fue electricidad, líneas telefónicas adecuadas, *software* en español y ayuda técnica.

Difícil como pueda resultar, esta clase de organización de base sigue siendo crucial para construir relaciones de apoyo mutuo y coaliciones para la resistencia. En estos ámbitos minúsculos de búsqueda de solidaridad, el FSM –y quizá especialmente su vertiente informal: los campamentos juveniles, las fiestas, las comidas, las marchas– puede jugar un papel crucial. A pesar de todo lo «caóticos, dispersos e incognoscibles» que puedan resultar, estos desordenados encuentros cara a cara a gran escala son la sangre que circula por las venas de cualquier movimiento; un elemento que las metáforas provenientes del universo de las telecomunicaciones nunca lograrán expresar.